Brendan Simms

Hitler

Solo el mundo bastaba



Galaxia Gutenberg

Brendan Simms

Hitler

Solo el mundo bastaba

Traducción de
Victoria Eugenia Gordo del Rey

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Hitler: Only The World Was Enough*
Traducción del inglés: Victoria Eugenia Gordo del Rey

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2021

© Brendan Simms, 2019
© de la traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B
ISBN: 978-84-18218-52-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Katherine

«Al final, el sustento del hombre depende de la tierra y la tierra es el trofeo que el destino otorga a los pueblos que luchan por ella».

Adolf Hitler, 1943,
citado en Helmut Krausnick,
«Zu Hitler's Ostpolitik im Sommer 1943»,
Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 2 (1954),
pp. 311-312

Índice

Abreviaturas 13
Agradecimientos 17
Prólogo 19
Introducción 21

PARTE I
HUMILLACIÓN

1. Boceto del dictador de joven 35
2. Contra «un mundo de enemigos» 42
3. La «colonización» de Alemania 53

PARTE II
FRAGMENTACIÓN

4. La lucha por Baviera 101
5. Poder angloamericano e impotencia alemana 126
6. Recuperando el control del partido 160

PARTE III
UNIFICACIÓN

7. El desafío norteamericano 173
8. Avance 204
9. Cometer los menos errores posibles 236

PARTE IV
MOVILIZACIÓN

10. El «cuento de hadas» 263
11. La «elevación» del pueblo alemán 298
12. Cañones y mantequilla 322

PARTE V
CONFRONTACIÓN

13. «Niveles de vida» y «espacio vital» 369
14. «Inglaterra es el motor de la oposición contra nosotros» 403
15. Los «poseedores» y los «desposeídos» 462

PARTE VI
ANIQUILACIÓN

16. Haciendo frente a Occidente y atacando a Oriente 525
17. La lucha contra los «anglosajones» y la «plutocracia» 586
18. La caída de la «Fortaleza Europa» 654

Conclusión 719
Notas 725

Abreviaturas

A fin de reducir la de por sí gran cantidad de referencias, los documentos de estas colecciones, fácilmente accesibles, se han citado en forma abreviada.

ADAP	*Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945. Aus dem Archiv des Auswärtigen Amtes*. Serie C (1933-1937), Serie D (1937-1941) y Serie E (1941-1945) (Gotinga, 1950-1981)
BAK	Bundesarchiv Koblenz
BayHSTA	Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Abt. I V, Kriegsarchiv
BT	Klaus Gerbet (ed.), *Generalfeldmarschall Fedor von Bock. Zwischen Pflicht und Verweigerung. Das Kriegstagebuch* (Múnich y Berlín, 1995)
DV W	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges, 1939-1940* (Gotinga, Berlín y Fráncfort, 1956)
DW	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zum Westfeldzug, 1940* (Berlín, Gotinga y Fráncfort, 1960)
ES	Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick (eds.), *'Es spricht der Führer'. 7 exemplarische Hitler-Reden* (Gütersloh, 1966)
ET	Hildegard von Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler, 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel* (Stuttgart, 1974)
FE	Martin Moll (ed.), *Führer-Erlasse, 1939-1945* (Stuttgart, 1997)
FK	Willi A. Bölcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer, 1942-1945* (Fráncfort, 1969)
GT	*Die Tagebücher von Joseph Goebbels im Auftrag des Instituts für Zeitgeschichte und mit Unterstützung des*

	Staatlichen Archivdienstes Russlands, ed. Elke Fröhlich, 24 vols. (Múnich, 1993-2006)
HB	Wolf Rüdiger Hess (ed.), *Hess Briefe, 1908-1933* (Múnich, 1987)
HP	Lothar Gruchmann y Reinhard Weber (eds.), *Der Hitler-Prozess 1924. Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I*, 4 vols. (Múnich, 1997-1999)
HT	Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Franz Halder. Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*, 3 vols. (Stuttgart, 1962-1964)
HW	Walther Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegsführung, 1939-1945* (Fráncfort, 1962)
IMT	*Der Prozess gegen die Hauptskriegverbrechen vor dem Internationalen Militärgerichtshof* (Núremberg, 1949)
KB	Martin Vogt (ed.), *Herbst 1941 im Führerhauptquartier. Berichte Werner Koeppens an seinen Minister Alfred Rosenberg* (Coblenza, 2002)
KP	Willi A. Boelcke (ed.), *Kriegspropaganda 1939-1941. Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium* (Stuttgart, 1966)
KT	Helmuth Greiner y Percy Ernst Schramm (eds.), *Kriegstage-*
OKW	*buch des Oberkommandos der Wehrmacht*, 4 vols. (en 7 partes) (Fráncfort, 1961-1965)
LB	Helmut Heiber (eds.), *Hitlers Lagebesprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen, 1942-1945* (Stuttgart, 1962)
LOC	*Library of Congress* (Biblioteca del Congreso)
LV	Gerhard Wagner (ed.), *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939-1945* (Múnich, 1972)
MK	Christian Hartmann, Thomas Vordermayer, Othmar Plöckinger y Roman Töppel (eds.), *Hitler. Mein Kampf. Eine kritische Edition* (Múnich y Berlín, 2016)
RH	Friedrich Hartmannsgruber (ed.), *Regierung Hitler. Akten der Reichskanzlei*, 7 vols. (Berlín y Múnich, 1983-2015)
RSA	Institut für Zeitgeschichte (ed.), *Adolf Hitler, Reden, Schriften und Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933*, 17 vols. (Múnich, 1992-2003)
RT	Jürgen Matthäus y Frank Bajohr (eds.), *Alfred Rosenberg. Die Tagebücher von 1934 bis 1944* (Fráncfort, 2015)

SA Eberhard Jäckel con Axel Kuhn (eds.), *Adolf Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen, 1905-1924* (Stuttgart, 1980)

SD Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1939-1941*, 2 vols. (Fráncfort, 1967-1970)

WA Henry Ashby Turner (ed.), *Otto Wagener. Hitler aus nächster Nähe. Aufzeichnungen eines Vertrauten 1929-1932* (Fráncfort, 1978)

Prólogo

En julio de 1918, la Primera Guerra Mundial venía durando ya casi cuatro años. El soldado de primera clase Adolf Hitler, del 16º Regimiento Bávaro de Infantería de Reserva, había prestado servicio en ella prácticamente desde su comienzo. Había visto al Reich alemán desafiar a la poderosa coalición formada por los imperios de la Entente, Inglaterra, Francia y Rusia, además de otras potencias más pequeñas. A finales del año anterior, una de ellas, el Imperio zarista, había sido doblegada por una combinación de derrotas militares y revoluciones. Entretanto, no obstante, el Reich se había granjeado la enemistad de otra potencia todavía más temible: Estados Unidos.

Alemania se hallaba en ese momento inmersa en una carrera por derrotar a Francia y hacer retroceder a Inglaterra al otro lado del Canal antes de que las tropas estadounidenses pudieran llegar en su ayuda. Al principio, sus esfuerzos se vieron coronados con éxito. El avance de los ejércitos alemanes en el frente occidental estaba siendo arrollador. Y con él, el de Adolf Hitler, que marchaba con ellos y pudo ser testigo directo del momento en que la racha comenzó a cambiar, durante la segunda batalla del Marne.

El numeroso contingente de soldados americanos, descansados y llevados por un entusiasmo que contrarrestaba su falta de experiencia, entró arrasando entre los agotados reservistas bávaros, causando devastadores efectos en la moral de los camaradas de Hitler y una indeleble impresión en él mismo. Con al menos dos de estos nuevos enemigos se topó directamente. El 17 de julio de 1918, el ayudante de brigada Fritz Wiedemann escribió que «el soldado de primera clase Hitler había llevado dos prisioneros americanos (hechos por el 16º R[egimiento de Reserva] a los cuarteles de la 12º Brigada de la Real Infantería Bávara».[1]

Sobre quiénes eran estos hombres y la importancia que Hitler le dio al hecho entonces, no existe constancia. Sí sabemos, en cambio, cómo

Hitler interpretaría más tarde aquel momento trascendental para su vida y, por tanto, para la historia del siglo XX.

Hitler estaba convencido de que estos «soldaditos» eran descendientes de emigrantes alemanes que la patria había perdido a causa de la falta de «espacio vital» para alimentarles y que habían regresado en venganza formando parte de las filas de un ejército enemigo imparable. En posteriores discursos, volvió repetidamente sobre aquel momento de «mediados del verano de 1918 en que los primeros soldados americanos aparecieron en los campos de batalla franceses, hombres bien desarrollados, hombres de nuestra misma sangre, a los que durante siglos habíamos deportado y que ahora estaban dispuestos a hundir en el barro a la madre patria».[2]

Aquí es, por tanto, donde empezó todo: la preocupación por la debilidad demográfica alemana, para la que el *Lebensraum* hacia el este iba a convertirse finalmente en el único remedio; el respeto y el miedo a las potencias «anglosajonas» con sus aparentemente infinitos recursos espaciales, demográficos, naturales y económicos; y la determinación de evitar otra guerra civil racial entre anglosajones y teutones –propiciada por la «judería mundial»– si era posible, o sobrevivir en caso de que un nuevo enfrentamiento resultara inevitable.

Introducción

Hace poco más de veinte años, un crítico alemán contabilizó más de 120.000 libros y artículos sobre Hitler y el Tercer Reich,[1] una cifra que desde entonces ha aumentado sustancialmente. Las mejores de estas biografías han reflejado la época y las tendencias académicas del escritor. La obra pionera de Alan Bullock, *Hitler: estudio de una tiranía*, escrita solo nueve años después de 1945, en plena Guerra Fría, le presentaba como un perfecto ejemplo de la «época de despotismo no ilustrado», pero también como un «oportunista carente de principios».[2] Intencionada o no, esta interpretación encajaba con el contexto intelectual más amplio de la teoría del totalitarismo y la propensión de su colega A. J. P. Taylor a priorizar la casualidad y la contingencia sobre modelos explicativos más profundos. Dos décadas más tarde, Joachim Fest escribió una célebre biografía, más literaria que académica, que no obstante se granjeó la admiración de muchos historiadores profesionales. Fue el primer intento imaginativo a gran escala de explicar cómo un hombre como Hitler pudo conseguir y mantener el poder en un país tan económicamente avanzado y culturalmente sofisticado como Alemania.[3] Marcó un hito en la historia de la República Federal y constituyó la culminación de treinta años de investigación y profunda reflexión. La biografía de Fest trataba tanto de los alemanes como del propio Hitler.

La siguiente biografía «clásica» tardó otros veinte años en aparecer. Los dos volúmenes de Ian Kershaw, considerada la obra de referencia hasta la fecha, reflejaban la notable cantidad de investigación sobre la dictadura nazi llevada a cabo durante las décadas anteriores, especialmente el «giro» hacia la historia social y el largo debate entre los «intencionalistas», que trazaban una línea más o menos recta desde las declaraciones pragmáticas de la década de 1920 hasta el final de la trayectoria de Hitler, y los «estructuralistas», que ponían el énfasis en las rivalidades y dinámicas institucionales.[4] Si a Fest le habían criticado

por abstraer demasiado a Hitler de su entorno,[5] el Hitler de Kershaw estaba en cambio altamente contextualizado. Kershaw no ponía «el foco en la personalidad de Hitler», sino en el «carácter de su poder», lo que requería «fijarse en primera instancia en los demás más que en el propio Hitler».[6] La biografía de Kershaw también tenía en cuenta el aspecto «voluntarista», por el que los historiadores resaltaban cada vez más la colaboración activa de la población en las iniciativas nazis, reconociendo el perdurable poder de instituciones y agrupaciones, y volvía a poner sobre la mesa la intervención individual como agente de la historia, tanto en los casos de mayor como de menor importancia.[7] La construcción del «mito» que rodeó al Führer resultó ser en la misma medida obra de otros como suya propia.[8] El Hitler de Kershaw no lo controlaba todo, porque no lo necesitaba: los principales actores «trabajaban por el Führer» por iniciativa propia.[9] Su papel quedaba así relativizado en la visión de Kershaw, aunque seguía teniendo una gran visibilidad.

Desde entonces han aparecido muchas más biografías y estudios especializados.[10] Volker Ullrich destaca en particular la personalidad de Hitler.[11] Poco después, Peter Longerich ha culminado su largo compromiso con la historia del Tercer Reich ofreciendo su propia interpretación, que tiene en cuenta muchos de los detallados estudios aparecidos desde la publicación de los dos volúmenes de Kershaw[12] y demuestra que Hitler fue mucho más que un mero «catalizador» de fuerzas ya existentes en la sociedad alemana y una figura mucho más dominante de lo que había admitido el enfoque «estructuralista». Por la misma época, el libro de Wolfram Pyta, aunque no se tratara de una biografía propiamente dicha, mostró que el enfoque «cultural» en los estudios históricos podía aportar nuevas perspectivas sobre la imagen fabricada por Hitler de sí mismo como un «genio» y la naturaleza «escenificativa» de su gobierno.[13] Más recientemente, la breve biografía de Hans-Ulrich Thamer nos ha vuelto a recordar la importancia de la violencia y la seducción en la relación de Hitler con el pueblo alemán.[14]

En muchos aspectos, la aportación del que esto suscribe no puede competir en este campo. Obviamente, no llegará a constituir la primera obra en importancia sobre su materia de estudio, ni tampoco la última palabra. No aspira a igualar la calidad literaria de Joachim Fest, la dimensión y la profundidad de Ian Kershaw, el extenso conocimiento del sistema doméstico nazi de Peter Longerich, la sofisticación teórica de Wolfram Pyta o la penetración psicológica de Volker Ullrich.

Ni tampoco puede la presente biografía explicar ni reinventar la rueda. Tiene en cuenta pero no trata de sintetizar la reciente y abundante investigación especializada sobre el Tercer Reich en un sentido más amplio.[15] No puede explicar la profunda conexión que Hitler tenía con el pueblo alemán.[16] En lugar de todo ello, este libro no trata del Hitler al que dicho pueblo votó, sino del Hitler que les tocó tener. No trata de lo que este «consiguió», sino de lo que pretendía. Por último, la personalidad y la vida privada de Hitler no constituyen un tema del libro, si bien aparecerán determinadas facetas de ellas, algunas bastante inesperadas. Dicho esto, aunque el autor no puede presentar el Hitler «completo», espera demostrar que nuestra imagen de él ha sido hasta ahora bastante incompleta.

Esta biografía reivindica tres nuevas premisas importantes e interrelacionadas. En primer lugar, que la principal preocupación de Hitler durante toda su trayectoria fue Angloamérica y el capitalismo global, más que la Unión Soviética y el bolchevismo. Segundo, que la visión de Hitler del pueblo alemán –incluso una vez expurgado de judíos y otros «indeseables»– fue muy ambivalente, reflejando un sentimiento de inferioridad respecto a los «anglosajones». Tercero, que –por razones más que comprensibles– nos hemos centrado demasiado en la homicida «eugenesia negativa» de Hitler contra los judíos y otros «indeseables» y no lo suficiente en lo que él consideraba su «eugenesia positiva», destinada a «elevar» al pueblo alemán a la altura de sus rivales británicos y estadounidenses.[17] Como consecuencia, a todos se nos ha pasado por alto hasta qué punto Hitler se hallaba inmerso en una lucha mundial no solo contra los «judíos del mundo», sino contra los «anglosajones». La pretensión del autor no es meramente «acumulativa», no consiste en aportar una nueva dimensión al marco existente, sino en que su trabajo sea considerado con un carácter «sustitutivo». Si lo que aquí se afirma se sostiene como válido, la biografía de Hitler, y tal vez la historia del Tercer Reich en un sentido más amplio, debería replantearse desde su base.

Esta biografía rompe por tanto con gran parte de la idea o ideas dominantes sobre Hitler. Hitler no había puesto al pueblo alemán en un pedestal racial, sino que le obsesionaba el temor de su permanente fragilidad. No creía que Estados Unidos hubiera quedado paralizado por el derrumbe de Wall Street y aquel país siguió constituyendo un factor clave en su pensamiento desde el inicio de la década de 1920 en adelante. El libro también refuta la arraigada creencia de que el

principal motor de la visión del mundo de Hitler, y la fuente de su virulento antisemitismo, fuera el temor a la Unión Soviética o al bolchevismo. En consecuencia, no acepta la crucial importancia que se cree tuvo para él el frente del este en la Segunda Guerra Mundial. El libro no ve un «pluralismo conceptual» significativo en ningún área de la política nazi, interior ni exterior, que a Hitler realmente le importara. Hitler no fue prisionero de ninguna fuerza de la sociedad alemana, de unos centros de poder rivales. Si el gobierno alemán se encontró a menudo en un estado de «caos policrático» no fue desde luego resultado de ningún intento consciente del dictador por aplicar la máxima del «divide y vencerás». Dicho esto, ninguna de las obras citadas está exenta de valores ni de errores, y este libro inevitablemente coincide con los expertos en el Tercer Reich en algunos temas y discrepa en otros. De ello queda constancia en las notas, en las que la literatura se cita en general cuando el acuerdo es explícito, mientras que los errores se suelen corregir solo por deducción.

El autor, de hecho, se basa en gran medida en el trabajo de otros, inspirado en algunas tendencias historiográficas recientes. En primer lugar, el cariz «transnacional» ha dotado de un nuevo marco a la historia alemana, en la que los hechos se entienden como parte de unos procesos europeos e incluso mundiales más amplios.[18] El subcampo de la *Histoire Croisée* representó un estímulo especialmente valioso para entender el largo conflicto germano-americano que tanto determinó el pensamiento y la trayectoria de Hitler.[19] En segundo lugar, la globalización: el Hitler de esta biografía es, pese a su especificidad, producto de unas fuerzas globales.[20] Encaja perfectamente en los recientes estudios sobre capitalismo mundial.[21] En tercer lugar, la «tendencia ambiental» nos permite ver a Hitler básicamente como un maltusiano, un político de la escasez.[22] En cuarto lugar, recientes estudios sobre la gobernanza mundial, especialmente el cartel angloamericano surgido a principios del siglo XX, acentuaron la percepción del autor acerca de la rebelión de Hitler ante ese orden de cosas.[23]

En quinto lugar, los estudios históricos sobre migración y raza, especialmente los que tratan del colonialismo de asentamiento angloamericano, así como la investigación sobre la política internacional sobre la raza y en especial el énfasis en las «hegemonías anglosajonas», han proporcionado un contexto para reflexionar sobre la visión mundial de Hitler.[24] En este sentido, Alemania puede considerarse, como ya lo fue por los alemanes de la época, incluido Hitler, tanto colonizadora

como colonizada; no está claro a qué lado de la «frontera racial global» quedaba en realidad. El Reich fue el «reponedor», no lo «repuesto»;[25] el «fertilizante», por usar la expresión del propio Hitler, no el fertilizado. En sentido contrario, como señaló Aimé Césaire ya a mediados de la década de 1950, el proyecto imperial de Hitler en Europa invirtió el orden racial tradicional al reducir a muchos hombres blancos a un estatus inferior que solía estar reservado a la gente de color.[26] En sexto lugar, el «enfoque espacial» en la literatura histórica nos ayuda a entender cómo Alemania, tras realizar la transición del *Reich* tradicional a nación, fue reconcebida de nuevo como un imperio a escala mundial.[27] Por último, el «enfoque temporal» en los estudios históricos llevó al autor a prestar especial atención al tiempo, la cronología y, especialmente, a las líneas temporales en el pensamiento de Hitler.[28] La expansión y la contracción del tiempo en su mente se revelará como una variable crucial.

Más concretamente, el texto dejará constancia de la gran deuda que el autor mantiene con un gran número de estudios sobre la Alemania nazi aparecidos a lo largo de los últimos veinte años.[29] Mark Mazower ha aportado un marco de trabajo para entender el Tercer Reich como un imperio europeo dentro de Europa.[30] Tim Snyder ha destacado la dimensión «ambiental» del pensamiento de Hitler. Adam Tooze ha mostrado hasta qué punto Estados Unidos debe considerarse la principal referencia para el Tercer Reich desde un primer momento, pero sobre todo desde que comenzó la batalla por la producción durante la guerra.[31] La dimensión estadounidense de la historia alemana del siglo XX en general ha sido perfectamente descrita por Mary Nolan, Philipp Gassert y Stefan Kühl.[32] Johann Chapoutot nos recuerda la indisoluble importancia de las ideas para el proyecto nazi[33] y Lars Lüdicke nos hace reparar en la asombrosa coherencia de pensamiento en temas clave a lo largo de los últimos veinticinco años.[34]

Esta biografía también ha podido beneficiarse de los numerosos nuevos estudios sobre determinados periodos o aspectos de la vida de Hitler. Dirk Bavendamm puso la juventud de Hitler bajo el microscopio; Brigitte Hamann reexaminó la época de Hitler en Viena, demostrando que no existe ninguna prueba de un sentimiento antisemita por su parte durante aquellos años.[35] Por el contrario, como Anton Joachimsthaler demostró, la «senda» de Hitler comenzó en realidad en Múnich.[36] Thomas Weber ha arrojado luz sobre las experiencias

de Hitler durante la Primera Guerra Mundial. Othmar Plöckinger y Thomas Weber realizaron un examen mucho más detallado de los cruciales años que Hitler pasó en Múnich inmediatamente después de la guerra. Plöckinger elaboró también un minucioso análisis de la gestación y el legado del *Mein Kampf (Mi lucha)*.[37] Despina Stratigakos investigó las preferencias arquitectónicas y actividades domésticas de Hitler, un tema hasta ese momento inexplorado.[38] Anna Maria Sigmund fue la primera en analizar el complicado *ménage à trois* entre Hitler, su sobrina Geli Raubal y su chófer Emil Maurice.[39] Heike Görtemaker escribió el primer relato satisfactorio sobre su relación con Eva Braun.[40] Timothy Ryback nos ha permitido hacernos una idea de los hábitos de lectura de Hitler, mientras que Bill Niven investigó sus gustos cinematográficos.[41] Fritz Redlich sometió a Hitler a un serio análisis psiquiátrico,[42] Johannes Hürter examinó la relación de Hitler con sus jefes militares de más rango[43] y Stephen Fritz ha defendido con argumentos muy sólidos que Hitler no era ningún *amateur* en materia militar.[44]

Existen también varios estudios importantes sobre el papel de Hitler en el Tercer Reich. Christian Goeschel ha rastreado la evolución de su «alianza fascista» con Mussolini.[45] Kurt Bauer demostró su decisiva participación en el fallido golpe austriaco de 1934.[46] El estudio de Andreas Krämer sobre la crisis de mayo de 1938 y sus consecuencias mostró a un dictador reaccionando a unos acontecimientos externos, pero que controlaba por completo el aparato de seguridad nacional alemán.[47] El trabajo de Angela Hermann sobre la crisis de Múnich y sus repercusiones reveló que el «pluralismo conceptual» de la política exterior nazi solo existió a un nivel por debajo del propio dictador.[48] Rolf-Dieter Müller ha argumentado convincentemente que el plan de Hitler en 1938-1939 era atacar la Unión Soviética y que solo se desvió de él debido a la negativa polaca a cooperar.[49] La importancia clave de la dimensión norteamericana en 1940-1941 ha sido puesta de relieve en un estudio de Kershaw sobre las decisiones fatídicas de Hitler.[50] Edward Westermann y Carroll Kakel han comparado la guerra de Hitler en Rusia con la conquista del Oeste norteamericano.[51] Los varios tomos de *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, considerada la historia oficial alemana de la guerra, han demostrado el crucial papel de Hitler a lo largo del conflicto.[52] Por último, el papel decisivo de Hitler en el asesinato de seis millones de judíos ha quedado demostrado más allá de toda duda por Richard Evans, Peter Longerich y

otros autores que se han ocupado de refutar las afirmaciones de David Irving en contrario.[53] Magnus Brechtken y Maximilian Becker, del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, están preparando en la actualidad una edición académica de los discursos de Hitler como canciller.[54]

Los argumentos presentados en este libro se basan en abundantes, si bien heterogéneas, fuentes. Muchas son bien conocidas, otras han sido sorprendentemente ignoradas y algunas son, por lo que al autor le consta, completamente nuevas. La principal fuente sobre aproximadamente los primeros treinta años de la vida de Hitler es la edición completa de su correspondencia, escritos y anotaciones (algunas de ellas llegadas hasta nosotros de manera indirecta) hasta 1924; las falsificaciones conocidas dentro de este conjunto documental no se han tenido en cuenta.[55] Esta colección se encuentra razonablemente completa a partir de 1919, pero antes de esta fecha no lo está tanto; por ejemplo, no constan registros de ningún tipo de un año entero, entre agosto de 1908 y agosto de 1909.[56] De mediados de la década de 1920 en adelante, esta biografía se basa principalmente en ediciones críticas de *Mein Kampf*,[57] *El segundo libro* y la voluminosa edición de sus discursos y escritos entre 1925 y 1933.[58]

Como cabría esperar, los registros aumentan exponencialmente durante el periodo posterior a la toma del poder por parte de Hitler en 1933. Una importante fuente para el Tercer Reich en sí es la pionera colección de Max Domarus, integrada básicamente por discursos, aunque está incompleta y los estándares editoriales dejan bastante que desear.[59] Existe también una versión mucho más reducida, pero de calidad muy superior, de siete de los discursos más importantes de Hitler, realizada por Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick.[60] Los documentos de los gabinetes de Hitler nos aportan una visión muy valiosa de su práctica de gobierno, y los documentos sobre política exterior alemana también incluyen muchas declaraciones realizadas por él.[61] Respecto a los años de la guerra, contamos con la edición de Martin Moll de los «decretos» de Hitler, la colección de las «directivas» de Hitler de Walther Hubatsch, la edición de Willi Boelcke de sus reuniones con Albert Speer sobre producción de guerra, y el *Lagebesprechungen*, los protocolos de los informes militares de Hitler que han llegado hasta nosotros.[62] Estas fuentes en serie se complementan con memorias, diarios, el reciente y sumamente valioso «Itinerario» recopilado por Harald Sandner y otras fuentes

impresas.[63] Aunque la mayor parte del material citado en este libro lleva tiempo siendo de dominio público, la importancia de parte de él no se ha reconocido adecuadamente y algunas declaraciones clave han sido incomprensiblemente ignoradas durante décadas.

Como ocurre con todas las fuentes históricas, las relativas a Hitler, y en particular los diarios y memorias, deben ser tratados con precaución. Joseph Goebbels, por ejemplo, tenía la intención de que la mayoría de sus diarios fueran publicados, así que el biógrafo debe tener en cuenta los engrandecimientos que el personaje dejaba para la posteridad.[64] Albert Speer, por su parte, no se limitó a incurrir en descaradas tergiversaciones y apologías, sino que además tendía a exagerar su especial vínculo con Hitler.[65] Algunas fuentes aparentemente contemporáneas, como el *Aufzeichnungen* de Otto Wagener y el diario de Gerhard Engel, fueron en realidad escritas muchos años después de los hechos que narran, pero, una vez cotejadas, han demostrado ser una guía muy fiable casi sin excepción.[66] También es necesario tener cuidado con los registros de las conversaciones informales de Hitler que, aunque bastante exactos respecto a sus sentimientos, contienen algunas tergiversaciones demostrables y no deberían tomarse como un registro literal de lo que realmente dijo.[67] Ninguna de sus supuestas declaraciones ha sido reproducida en estilo directo. Con las oportunas advertencias, todos estos registros se han utilizado en los casos en que se ha considerado apropiado.

En cambio, esta biografía no ha tenido para nada en cuenta una serie de fuentes «clásicas». Respecto a las primeras etapas de la vida de Hitler, tergiversadas por el *Mein Kampf* y posteriores «memorias» de sus contemporáneos, el autor ha tomado la drástica medida de basarse solo en el material generado en esa época. Esto descartaba, por ejemplo, las memorias de su amigo de infancia Kubizek.[68] Tampoco se ha considerado fiable nada de lo dicho o citado por Werner Maser.[69] Fuentes como las «conversaciones con Breiting» y los recuerdos de Hermann Rauschning, que durante mucho tiempo se han visto con recelo pero siguen apareciendo de vez en cuando en algunos relatos acreditados, no se han utilizado.[70] Por último y con notable renuencia, el autor ha obviado por completo el presunto «testamento» de Hitler de principios de 1945. Los sentimientos en él vertidos sin duda armonizan con los de Hitler, e incluso con el argumento de este libro, pero un reciente examen forense demuestra que su procedencia es demasiado dudosa para poder fiarse de su contenido.[71]

Las nuevas fuentes utilizadas para esta biografía se pueden agrupar en dos categorías. Algunas solo comentan o recrean aspectos bien conocidos de la trayectoria de Hitler. Otras, sin embargo, sirven de fundamento a argumentos esenciales del libro. El *Kriegsarchiv* o Archivo de Guerra bávaro proporcionó nuevo material sobre la experiencia de Hitler en la Primera Guerra Mundial, incluido su trascendental encuentro con soldados norteamericanos y la lucha de su regimiento con sus nuevos adversarios en general. Otros depósitos bibliotecarios de Múnich confirmaron la profunda preocupación que a Hitler le producía el separatismo bávaro. Los registros del Ministerio de Asuntos Exteriores contenían material muy valioso sobre hacer retornar a los emigrantes alemanes y el plan de «intercambiarlos» por judíos alemanes «salientes». Hasta donde al autor le consta, ninguno de estos documentos concretos ha sido utilizado por otros biógrafos de Hitler y es incluso poco probable que conocieran su existencia.

Con el fin de estructurar todo este material en una argumentación lógica, el autor ha adoptado un enfoque tipo «embudo». En un primer momento, cuando las fuentes son escasas, ha tratado de abarcar lo más posible. A medida que el libro avanza y las principales líneas de interpretación van siendo más claras y el material de fuentes más copioso, el foco se va estrechando. Esto también obedece a que Hitler fue notablemente más abierto sobre su manera de pensar en sus primeros años y con el tiempo fue haciéndose cada vez más cauto. En general, el autor ha tratado de mostrar más que de contar. Esto supone una extensa exégesis y citas directas del propio Hitler. A diferencia de algunos trabajos, por tanto, esta biografía es más bien escasa en contexto y «Hitlercéntrica».[72] No le perderemos de vista durante más de un párrafo o dos seguidos. Esto no quiere decir, por supuesto, que Hitler fuera un pensador completamente *sui generis* –es bien sabido que se basaba en gran medida en argumentos ajenos–, sino simplemente que nos centraremos en lo que él pensaba más que en de dónde lo tomó. Siguiendo la norma de Richard Evans, daremos prioridad al «análisis, la argumentación y la interpretación» sobre el «lenguaje del fiscal de la corte penal o del moralista sermoneador».[73] La intención no ha sido contradecir a Hitler sistemáticamente, ya que hacerlo habría sobrepasado los límites del libro y dado como resultado una obra muy distinta. Salvo cuando tengan motivos para creer lo contrario, los lectores –y aquí tomo una frase prestada– harán bien en considerar todo lo que dijo como una mentira, incluidos las conjunciones y los artículos. De

una forma u otra el «contenido de verdad» que hay en los escritos y discursos de Hitler es menos importante para esta biografía que su significado e intención. En este punto el autor ha tratado en todo momento de penetrar en la mente de Hitler, sin dejar que él entre en la suya.

Los tres argumentos centrales de este libro se apoyan en una serie de subargumentos. Muchos de ellos le sonarán incluso al lector profano y la mayoría serán bien conocidos para los especialistas en este campo. Otros pueden haber sido brevemente apuntados con anterioridad, pero sin que se les haya dado la importancia que verdaderamente tienen. También hay algunos hilos argumentales bastante esenciales que son –por lo que al autor le consta– completamente nuevos. Si bien la preocupación de Hitler por Inglaterra no es ningún secreto, y el grado de su enfrentamiento con Estados Unidos ha constituido un tema recurrente en los estudios más recientes, hasta ahora los historiadores no han reconocido su obsesión demográfica con la emigración alemana y la gran importancia que esta ejerció en su visión mundial. Mientras que la conexión entre el antisemitismo de Hitler y su anticapitalismo ha sido señalada a menudo e incluso sido objeto de algunos estudios, la enorme influencia que esto ejerció en su visión mundial y hasta qué punto él estuvo librando una guerra contra las «altas finanzas internacionales» y la «plutocracia» desde el principio hasta el final no se ha comprendido en absoluto. El grado de preocupación que a Hitler le producía la cohesión racial del pueblo alemán, que él atribuía a siglos de fragmentación política y cultural, tampoco se ha entendido del todo. Por esta razón, la importancia de la amenaza separatista bávara, el desafío de la integración europea, el fantasma de la restauración de la monarquía Habsburgo y la amenaza «negra» (del clero) en varios momentos de la trayectoria de Hitler requieren una considerable profundización.

El argumento se subdivide en seis partes. La primera trata de las primeras etapas de la vida de Hitler hasta el final de la guerra mundial, durante la cual, tras unos muy lentos inicios, fue dando cada vez más señales de concienciación política, pero ninguna de vocación política o potencial liderazgo. La guerra sumergió a Hitler en un encuentro traumático con el poder de Angloamérica, cuya fuerza militar, económica, financiera y demográfica aplastó al Reich e hizo añicos su universo. Entre 1919 y 1922 empezaron a hacerse visibles las primeras líneas de su visión mundial: el temor a Angloamérica, la hostilidad asociada

al capitalismo global y la judería internacional, así como la preocupación por que debilidades internas como el socialismo, el bolchevismo, la emigración masiva y especialmente el separatismo bávaro dejaran al Reich indefenso frente a los enemigos externos. Durante este periodo, Hitler parece haber estado actuando bajo el supuesto de que la regeneración de Alemania necesitaría muchos años, tal vez generaciones. En la Parte II, que abarca los años 1923-1927, vemos cómo en un principio el tiempo se aceleró para Hitler, a fin de prevenir el peligro de un golpe aparentemente separatista y aprovecharse de una coyuntura doméstica e internacional que parecía favorable. Tras el fracaso de su propio golpe, Hitler volvió a unos plazos más largos y empezó a construir su concepto de *Lebensraum* en respuesta a la degeneración racial de Alemania, y en especial a la hemorragia que para él representaba la salida de tantos emigrantes sanos a Estados Unidos. Este era necesariamente un proyecto a largo plazo, por lo que el tiempo volvió a desacelerarse para Hitler.

En la Parte III, que comprende el periodo 1928-1932, vemos a Hitler elaborar un proyecto modernizador destinado a fortalecer al Reich frente al desafío norteamericano, especialmente frente a la pérdida de los «mejores» elementos de la sociedad alemana a través de la emigración al Nuevo Mundo, y proporcionar una alternativa a la ampliamente popular idea de la integración europea. Aprovechando el bache económico causado por la Depresión, diseñó también una estrategia para hacerse con el poder bastante antes de lo que tenía previsto. En la Parte IV, que comprende los años 1933-1936, se analiza el proyecto de transformación social, económica y racial de Hitler, diseñado para eliminar a los elementos «negativos» de la sociedad alemana, como los judíos y los discapacitados, y facilitar el desarrollo de líneas raciales más «positivas». Si el reloj «racial» fue, por su propia naturaleza, programado a un plazo mucho más largo, las políticas diplomáticas y militares de Hitler se ajustaron a una agenda mucho más inmediata. Por parte de Hitler no existía un plan de dominación mundial, solo la determinación de proporcionar a Alemania la ampliación territorial que él creía necesaria para sobrevivir en un mundo de potencias mundiales.

En la Parte V, correspondiente al periodo 1937-1940, el tiempo volvió a acelerarse una vez más, como respuesta de Hitler a la hostilidad de Angloamérica. Aquí veremos cómo el Führer, que en un principio no se había planteado la dominación global, y ni siquiera ocupar

una parte tan grande del continente europeo, se vio impulsado por la lógica de la guerra y la expansión hacia una ampliación mayor del conflicto. Por último, en la Parte VI, que abarca el periodo 1941-1945, la trayectoria de Hitler alcanzó su culmen con la confrontación con los Estados Unidos de Roosevelt, desembocando en una desaforada lucha por el *Lebensraum* y la destrucción de la judería europea. Cuando las potencias «anglosajonas» se unieron en su contra, Hitler quedó convencido de que solo una política verdaderamente global podría proteger al Reich frente a todos sus enemigos. Los ejércitos alemanes se hallaban apostados en dos continentes y amenazaban con ocupar un tercero. Hitler también albergaba planes de atacar el hemisferio occidental, al menos desde el aire. Durante un breve lapso de tiempo, pareció como si tuviera el mundo entero a su alcance, pero sin poder agarrar el trofeo entre sus manos, y al poco tiempo comenzó la inevitable caída, que culminaría con la segunda y aún más destructiva derrota del Reich a manos de, en opinión de Hitler, los «anglosajones», los judíos y sus aliados.